

vió en una capa, cubrió su cabeza con un sombrero de anchas alas, y tomando un bolsillo, salió á la calle.

Dió la vuelta al palacio de Villalta, y entrando en la callejuela, penetró en la casita, cuya puerta estaba entornada.

Subió la escalera con el corazón palpitante, y entró en la estancia en que la pobre parálitica lloraba silenciosamente.

—Tome V., señora, dijo, poniendo en la única mano que tenía libre la señora de Rivera el bolsillo lleno de oro; ¡tome V., esto es suyo... le pertenece!...

—¡Dios mío, yo no sé!... ¿Quién es V., caballero? balbuceó la pobre enferma.

—¡Un deudor de su señor esposo! contestó Arturo, saliendo precipitadamente de la estancia.

—¡Ah, Dios sea bendito! exclamó la parálitica; ¡su bondad nunca desampara á los que esperan en él!

X

LA FAMILIA DE RIVERA.

Dejemos descansar un poco á los dos primos de sus diversas emociones, y entretanto, lector mío, te iré yo informando, algo mejor de lo que Flavia informó á Regina, de quién es la familia tan pobre como honrada que habitaba la sombría callejuela á donde daban las ventanas del soberbio palacio de Villalta.

Don Francisco de Rivera, rico negociante de Cádiz, vivió muchos años en aquella ciudad, considerado y feliz; tenía una esposa muy bella y muy buena, y tres hijos hermosos.

El mayor llevaba á sus hermanos algunos años; contaba él veintitrés cuando acababa de cumplir Justino quince y entraba Eugenia en los once; era un joven de carácter vivaz y apasionado, pero de un bellissimo corazón, y toda la esperanza de sus padres.

Un asunto de interés obligó al negociante á

enviar á París á su hijo mayor, el que partió, si bien lleno de tristeza por dejar á su familia, de la que jamás se había separado, lleno á la par de alegría, porque veía realizado en aquel viaje repentino uno de sus más dorados sueños.

¡Iba á París! ¡A París, del que se contaban tantas y tan bellas cosas! ¡A París, centro del lujo, de la magnificencia y de los placeres! El joven tocaba aquella dicha, y no podía resolverse á creerla.

Partió al fin, y su padre ahuyentó el pesar que le dominaba con el pensamiento grato de su pronta vuelta y del feliz desempeño del negocio que iba á evacuar; pero no así su madre, que le lloraba con la persistente amargura que se dedica á un hijo que se ha perdido.

—Querida mía, le decía un día su marido, pasados ya algunos desde la partida de Luis, ¡cualquiera, al verte, diría que tu hijo ha muerto! ¿A qué viene tanta aflicción?

—No lo sé, Francisco, respondió la pobre madre, haciendo vanos esfuerzos por reprimir sus lágrimas; conozco que no soy razonable, y, sin embargo, ¡hay dentro de mí una voz que me anuncia terribles desgracias! ¡que me dice que, aunque vive mi hijo, no le volveré á ver!

—Pero ¿no recibimos carta suya cada dos días?

—Sí.

—¿No le ves en ella bueno, sumiso y afectuoso como siempre? ¿No dice que el negocio toca á su conclusión?

—Sí, todo eso es cierto; ¡pero no basta á tranquilizarme! y, si me atreviera, te aconsejaría una cosa.

—¡Habla!

—Pues bien, amigo mío, ¡parte esta misma noche á París! ¡Yo no sé lo que temo por Luis... pero creo que tú haces falta allí!...

—¿Estás loca? ¿No sabes que él ha ido por no poder dejar yo nuestra casa?

La señora de Rivera sólo contestó á esta justa observación dejando correr de nuevo sus lágrimas.

Pasaron los días, y las cartas de Luis empezaron á ser escasas; su padre, seguro ya de que el asunto que había llevado debía estar terminado, le llamó con severidad, mandándole expresamente que volviese al lado de su familia.

Las cartas cesaron entonces.

Tres meses se pasaron en la más angustiada expectativa; tres meses de martirio para aquella familia desventurada: la madre, no pudiendo resistir á sus crueles temores y al exceso de su dolor, se postró en el lecho, agobiada de una fiebre maligna, y, en medio de su delirio, no cesaba de rogar á su esposo que marchase á París.

Decidióse, por fin, á emprender el viaje, y dejó á Madrid y á su familia, con el alma traspasada de dolor.

Al día siguiente se recibió una carta de su corresponsal en París, concebida en estos términos:

«Su hijo de V., realizado el negocio de la casa G... y compañía, ha disipado todos los fondos que cobró, con una actriz de moda; por consiguiente, las operaciones que debía llevar á cabo las olvidó, y no se ha realizado ninguna; esté V. muy sobre aviso, pues la casa Duplessis, cuyos pagarés han vencido sin haber satisfecho ninguno, va á acudir á los tribunales; este pleito ruinoso le perdería á V., y es preciso evitarlo. Luis ha huído con la mujer causa de su desgracia; de todas mis indagaciones sólo he podido saber que se han embarcado en el Havre, hace diez días, en una fragata que salía para Nueva-Orleans.

»Digo á V. la verdad entera, aunque sea muy amarga, porque en casos como el presente no caben subterfugios; venga V. al instante, ó remita poderes, aunque el haber enviado á su hijo para concluir ese malhadado negocio me pruebe la poca confianza que le inspiro.»

Aquel hombre, resentido, en efecto, de que no se le hubiera confiado á él la dirección del asunto que había llevado al hijo de Rivera á París, se vengaba refiriendo al pobre padre toda la extensión de su desgracia, sin consideración alguna.

La desdichada enferma fué la que leyó esta carta fatal; la pobre niña Eugenia, muy contenta al ver una carta que traía el sello de París, se la llevó sin sospechar lo que encerraba.

La infeliz madre cayó en horribles convulsiones antes de terminar su lectura, y su vida ofre-

ció tanto peligro durante muchos días, que los médicos desconfiaron de salvarla.

Dios, en sus sabios juicios, quiso sin duda que se quedase sobre la tierra para seguir sufriendo, y salió del lecho con vida, pero con todo su cuerpo invadido por una terrible parálisis.

El asunto Duplessis llegó por fin á los tribunales, y el señor Rivera se desposeyó de cuanto tenía, para dejar su honor en salvo.

Pero el temple de su alma no era bastante fuerte para soportar tantas desgracias; una tristeza voraz é incurable se apoderó de él, y sólo cuatro años sobrevivió á su ruina.

Justino creció sin estudiar en medio de aquella serie de desgracias, y se halló á la muerte de sus padres que contaba veinte años, sin más medios de subsistencia que los que le proporcionaba lo que había aprendido por adorno.

Algunos meses después de la muerte del señor Rivera se recibió una carta de América, cerrada con sello negro; abrióla Justino por orden de su madre, que temblaba convulsivamente, y cayeron dos del sobre.

Al ver una de ellas, el jóven dejó escapar un grito de alegría: había reconocido la letra de su hermano mayor.

Pero la madre vió el enlutado sello y miró al cielo, como demandándole valor.

Justino leyó estas palabras, que no tardaron en ser entrecortadas por sus lágrimas.

«Padres míos: Próximo á morir, víctima de una de las enfermedades endémicas del país, os escribo estas líneas para daros un eterno adiós y para suplicaros que me perdonéis y no maldigáis mi memoria... He sido muy culpable... pero también muy desgraciado... Perdonad si no os refiero la larga serie de mis dolores... no quiero entristeceros, y además no tendría tiempo... Dios me ha castigado con amargos desengaños... y con hacerme dormir el último sueño lejos de vosotros... y en país extranjero... ¡Adiós! rezad alguna vez, y haced que recen mis hermanos, por el alma de vuestro culpable y desventurado hijo

LUIS.»

En la otra carta avisaba el dueño de la casa en que habitaba el joven, el fallecimiento de éste, acompañando su partida de defunción.

La infeliz viuda estuvo cerca de sucumbir al rigor de aquel nuevo pesar; pero sus hijos lograron calmarla suplicándole, anegados en llanto, que se consolase por ellos y para ellos.

Desde aquel día Justino y Eugenia buscaron ocupación: mucho tardaron en encontrarla, pero al fin la consiguieron: ella en un almacén de bordados, y él en casa de un editor, que aprovechó su talento para traducir y su perfecto conocimiento de los idiomas francés, inglés y alemán.

Sin embargo, el estado de aquella desdichada familia era deplorable. ¡Cuántos sufrimientos,

cuántas humillaciones tenían que soportar los desgraciados jóvenes para conseguir una módica ganancia! ¡Qué de privaciones, ellos que habían nacido y se habían educado en el seno de la opulencia!

Hubo que mudar de vivienda para buscar otra más barata, y fueron á habitar á la oscura y triste callejuela á donde daba una de las fachadas del palacio de los Marqueses de Villalta.

Los dos hermanos se esforzaban en hacer ver á su madre que su situación no era tan penosa como ella creía. Sobre todo, el carácter angelical y dulce de Eugenia era á propósito para esta piadosa ficción: pero ¡ay! sus fuerzas físicas no estaban en relación con su valor moral, y la pobre niña palidecía y se tronchaba como la flor azotada por el huracán.

Ya hemos visto de qué modo sucumbió á su fatiga, y de qué modo Arturo, llevado de la generosidad de su carácter, socorrió á aquella pobre familia con un pretexto que no por ser el único que se le ocurrió era menos verosímil, tratándose del difunto Rivera, que tantos beneficios había hecho durante toda su honrada y laboriosa vida.

XI

JUSTINO

Al día siguiente al en que Arturo entró por la primera vez en casa de la viuda de Rivera para socorrerla con un pretexto tan ingenioso como noble y delicado, se presentó la doncella de Regina en la habitación de la joven á la hora que ésta le había prefijado.

La hija de los Marqueses de Villalta acababa de despertarse, y estaba entregada á esa dulce vaguedad que precede y sigue al sueño.

Tenía la tez sonrosada, la boca entreabierta, los cabellos destrenzados, y entornados sus grandes ojos: las anchas mangas de su bata de noche se habían subido hasta cerca del codo y dejaban ver la belleza de sus brazos. Regina en aquella postura se asemejaba á una hermosa estatua de la molicie, del abandono y de la pereza.

¿En qué pensaba aquella joven tan hermosa y tan halagada por la fortuna? Sin duda que en alguna cosa muy risueña, pues en sus frescos labios

vagaba una sonrisa, y sus facciones, lejos de ostentar su habitual expresión severa, mostraban entonces un plácido y casi alegre bienestar.

Regina, vestida y ataviada, parecía tener más edad: sus diez y seis años se convertían en veinte, y á veces en veinticinco: tanta era la gravedad de su porte y la altivez de su fisonomía.

Pero así, era la niña risueña, alegre, que ve el porvenir vestido de rosa y el presente sin nubes ni amagos de tormenta.

Acababa de despertar, y á la dulce languidez del sueño no habían sucedido aún las realidades de la vida.

—¡Ah! ¿eres tú, Flavia? murmuró dando una media vuelta y acabando de abrir los ojos para fijarlos en el semblante de su camarera; dame una bata.

Flavia trajo una de batista blanca, guarnecida de encajes y forrada de raso de color de rosa, y envolvió en ella á su señora: luego encerró sus diminutos piés en unas babuchas de tafete rosado bordado de plata, y esperó á que Regina le diese sus órdenes.

Ésta se acercó á un armario de concha con embutidos y cerradura de plata, le abrió y sacó de él una pieza de batista, semejante en lo fina á la espuma del mar.

—Toma, Flavia, dijo á la camarera; vé á la casita de enfrente, y da á la joven bordadora esta tela de parte mía, encargándole que corte de ella

y borde dos peinadores y haga de lo que le sobra algunos gorros y pañuelos: toma también este bolsillo y págale su trabajo adelantado, diciéndole que cuando se acabe venga á buscar más labor.

Flavia se inclinó, salió para obedecer las órdenes de Regina, y ésta fué á apoyarse en su ventana, pensativa ya y meditabunda.

En la casita adornada de macetas vió la hermosa y grave figura de Justino, quien, sentado junto al alfeizar, apoyaba en él el codo, y la cabeza en la palma de su blanca y pálida mano; su fisonomía estaba alterada por una expresión de profunda pena.

Regina clavó con hondo afán su mirada en aquella bella y abatida figura: un subido carmín coloreó su frente, y sus grandes y arrogantes ojos tomaron, por primera vez de su vida, un sello de dulce melancolía.

—¡Oh, qué hermoso es! murmuró, juntando con fuerza las manos sobre el pecho y como respondiendo á sus propios pensamientos.

En aquel instante alzó Justino la cabeza, y su mirada se fijó en Regina; la joven, envuelta en su rosada bata, con sus espléndidas trenzas negras flotantes sobre su espalda, con su magnífica belleza, realzada por una expresión apasionada y tierna, y sus blancas manos cruzadas sobre el pecho, se asemejaba á una aparición divina.

Justino la contempló con muda sorpresa durante algunos instantes, y con el mismo arroba-

mento con que contemplaría un infeliz cautivo al objeto de su primero y dichoso amor.

Mas de súbito se volvió rápidamente, y Regina columbró en la pobre salita la esbelta figura de Flavia.

El corazón de la joven Marquesa de Villalta empezó á dar violentos latidos, y ésta aplicó el oído para escuchar la voz de Flavia que sonaba en aquel instante.

—¿No está la señorita Eugenia? preguntó con la dulce política que la hacía estimable, á pesar de sus innumerables defectos.

—Mi hermana está enferma, contestó Justino gravemente.

—Quería encargarle un trabajo de parte de mi señora, repuso Flavia.

—Ya he dicho á V. que está enferma.

—Le dejaré, sin embargo, para que se ocupe en él cuando esté buena, y pagaré su importe, porque así me lo ha ordenado mi señora.

—¿Quién es su señora de V.? preguntó Justino, cuyas bellas facciones se enrojecieron con un noble rubor.

—No la conoce V., caballero.

—Pues dígame V., sea quien quiera, que mi hermana no cobra trabajos que quizás ya no podrá desempeñar.

Al decir estas palabras, señaló Justino la puerta á Flavia, que salió confusa, á pesar de que muy pocas cosas alteraban su natural descaro.

Justino, como para consolarse de la mortificación que acababa de sufrir, se volvió á Regina, á fin de contemplarla de nuevo con silenciosa adoración.

Sus ojos decían en su mudo y elocuente lenguaje:

—¡Consuélame tú de todos los sufrimientos de mi vida!

—¡Véte, véte! murmuró Regina en voz baja, pero imperiosa, á Flavia que entraba en aquel momento en su cuarto; ¡que no te vea! ¡Que jamás sepa él que yo fui la que te envié á herir su noble orgullo!

La camarera se retiró, llevando en sus labios una maliciosa sonrisa.

—¿Qué saldrá de aquí? se preguntó cuando estuvo fuera del aposento de Regina: yo no lo sé; pero allá veremos: entretanto guardaré para mí el bolsillo lleno de plata y la pieza de exquisita batista que la señorita enviaba á la bordadora, y que se ha olvidado de pedirme.

XII

FLORESCENCIA.

¿Habéis visto, al soplo vivificante de la primavera, cómo las secas ramas se cubren de tiernos pimpollos, que luego se convierten en verdes hojas y aromadas flores?

¿Habéis notado el penetrante perfume que se desprende de los árboles, y cómo toda la campiña sonríe exuberante de vida?

¿Habéis contemplado el azul del cielo y los esluvios que suben hasta él, de la selva y de la floresta?

Pues nada mejor puede daros una idea aproximada de lo que pasaba en los corazones de Regina y de Justino después de aquella mirada, beso de sus almas, y que mutuamente les prometía tanto amor.

¿Cómo llegaron á decirse que se amaban?

Acaso, si se les preguntara á ellos mismos, no sabrían responder.

¿Por ventura se traduce el lenguaje del alma? Muchas tardes halló á Regina la luz del crepúsculo apoyada en la ventana de su cuarto y mirando á Justino con la sublime confianza de su edad y de una naturaleza virgen de toda impresión de amor.

El pudor—mentido muchas veces—de otras jóvenes no hallaba cabida en aquella alma fuerte y recta, pero avasallada por una pasión demasiado profunda para que intentase resistirla.

¿Y por qué la había de resistir tampoco? Amaba sin saberlo, como ama la cierva la espesura del bosque, y el ruiseñor las noches de luna, sin que pretenda lucir su poderoso encanto.

Amaba, porque su alma enérgica y apasionada necesitaba amar, y hasta entonces no había hallado objeto en que fijarse.

Es verdad que hubiera podido amar á su primo, que era el hombre que le destinaban; pero en aquella ocasión, como en otras muchas, el corazón de Regina no se hallaba acorde con su deber y con los deseos de sus padres.

Sin saber ellos mismos cómo se atrevieron á tanto, una noche de luna cruzaron Regina y Justino algunas palabras.

La Marquesa y su numerosa servidumbre dormían: también dormía la familia de Rivera: Regina se había levantado fatigada del insomnio, y se había apoyado en la ventana de su cuarto; Justino se hallaba apoyado en la suya.

La voz de ella fué la primera que se oyó: él contemplaba melancólicamente el cielo y las estrellas.

—¿Qué hermosa noche! dijo Regina como hablando consigo misma.

—¡Muy hermosa! repitió Justino; esta noche hace olvidar todos los dolores, por amargos que sean, y hace bendecir la bondad de Dios.

Justino había hablado más de lo que quería; pero roto el dique de su rubor, hubiera estado hablando todo un día.

Regina le interrumpió.

—¿Tiene V., pues, algún dolor? le preguntó con un acento lleno de tanta ternura, que resonó en el corazón del joven como una música celestial.

—Sí, señorita, respondió; tengo enfermas á mi madre y á mi hermana.

—¿De gravedad?

—¡Sí, señorita! ¡de mucha gravedad! ¡En este momento reposan, y yo he venido aquí para mirar al cielo, ese cielo que parece brindar el consuelo con su serenidad y sus estrellas!

—¿No sería mejor que aprovechase V. estas horas de quietud para dormir?

—No, respondió Justino con voz baja y conmovida: no, señorita: soy aquí más feliz que cuando duermo; pues aunque entonces [veo lo mismo que despierto, aquello es sueño y esto es realidad.

Regina no le preguntó qué era lo que veía: su

corazón se lo decía demasiado; porque ella, cuando dormía, le veía también á él.

Un largo silencio siguió á estas palabras: al cabo de algún tiempo dijo Regina:

—Buenas noches, amigo mío.

—¡Qué! ¡ya! murmuró el joven dolorosamente.

—Ya es cerca del día, respondió Regina.

Y aun permaneció algunos instantes más apoyada en su ventana, como si una fuerza invencible la detuviese allí.

La luz del alba llegó, por fin, á alumbrar con sus primeros rayos aquellas dos bellas y melancólicas figuras, y á su dulce claridad aun permanecieron contemplándose los jóvenes, en tanto que sus corazones cantaban ese eterno himno de amor que anima á la creación entera.

Regina fué la que volvió á despedirse con un tierno y dulcísimo ¡adiós! y se apartó de la ventana para recostarse en su lecho.

Pero ¡ay! que el reposo había huído de ella para siempre: en vano procuró conciliar el sueño: el sueño huía de sus ojos, y la joven sólo abrigaba un deseo: el de que llegase pronto la noche, para volver á hablar con Justino; hubiera anhelado que el día no durase más que un instante.

Desde la noche siguiente, los coloquios se hicieron más largos y más íntimos. Pronto la confianza borró toda desigualdad entre los dos amantes. Regina dijo á Justino quién era: se quejó de la esclavitud en que la constituía el amor de sus pa-

dres, y se quejó también de su elevada clase y de sus inmensas riquezas, que la separaban de Justino.

Justino le refirió la triste historia de las desgracias de su familia, y después de escucharla, se quejó de nuevo y con mayor vehemencia Regina, de la injusta desigualdad de sus destinos.

—Pero no importa, añadió; yo seré tuya: me casaré contigo... todo lo abandonaré por tí... y como el amor de mis padres raya en locura, me perdonarán y te llamarán su hijo.

En tanto que los dos jóvenes adelantaban tan rápidamente en la carrera de su amor, Arturo, cuya pasión por Eugenia había crecido con no menor fuerza y rapidez, formaba también sueños de felicidad, si bien mezclados de amargura.

La pobre joven seguía enferma; después del día en que, apelando á la estratagema que ya conocemos, dejó su bolsillo en las manos de la viuda de Rivera, había vuelto á informarse de la salud de Eugenia; bien pronto la de su madre inspiró serios temores, y Justino, aislado, vió en él el solo amigo con quien en su aflicción podía contar.

Arturo era, en efecto, un amigo delicado y fiel; todas las noches iba á acompañar y á consolar á Justino durante las primeras horas de la velada; cuando éste le preguntaba la causa de su celo, le decía que había debido á su padre un gran favor.

—¿Dónde? ¿acaso en París? preguntó un día

Justino; porque lo que es en Madrid, no recuerdo haber visto á V. jamás.

—Sí, fué en París, respondió Arturo.

Y enterándose muy pronto de que Justino y su familia ignoraban todas las circunstancias referentes á la vida de Rivera en tanto que residió allí, pudo referir una historia á su gusto y continuar socorriendo á aquella desgraciada familia.

Pronto supo Justino que había venido para casarse con Regina, según los deseos de su padre; pero los dolorosos celos que esta noticia le produjo se aquietaron bien pronto, porque Arturo añadió:

—Este matrimonio es imposible.

—¿Por qué? preguntó Justino, cuya voz temblaba.

—Porque no la amo.

—¡Cómo! siendo tan hermosa...

—Tal vez es porque la encuentro demasiado bella, respondió el Coronel, evitando con esta respuesta evasiva el dar otra que favoreciese poco al carácter de su prima.

¿Hubiera, sin embargo, logrado apagar el amor de Justino, aunque hubiera hablado de la antipatía que le inspiraba el carácter de la joven?

¡No! el amor es fuego que avivan todas las contradicciones, como el aire, ya sea leve ó ya fuerte, aviva un incendio.

Una amistad suave y dulce unía al pobre Justino con el opulento Vizconde, con el brillante

Coronel; pero aquél jamás pudo resolverse á confesar á éste su amor por Regina; la timidez era una de las cualidades negativas del carácter de Justino; le parecía que Arturo podría enojarse de su atrevimiento en amar á la hermosa y deslumbradora heredera de los Marqueses de Villalta, él, tan desgracia lo, tan pobre, y cuyo nombre no había salido nunca de una plebeya oscuridad.

De este modo, su amor por Regina, si bien le proporcionaba delicias inefables, jamás abrió su alma á la vanidad, y era como la humilde violeta que se oculta en su lecho de grama para no ser descubierta.